

RELEVO GENERACIONAL, SINTONÍA ENTRE GENERACIONES

ARTURO PRETEL PRETEL

Médico

“Si el joven supiera y el viejo pudiera”

En los últimos meses estamos presenciando un fenómeno cultural, con tintes sociológicos, que la progresía al uso ha dado en llamar los *neorrancios*. Con este epíteto pretenden descalificar y ridiculizar a varios personajes públicos y a las personas que comparten sus ideas, que provienen de distintos ámbitos culturales la mayoría de círculos cercanos a la izquierda, y hacen gala de unas convicciones y están orgullosos de las enseñanzas y vivencias de un pasado que les han marcado personal, religiosa y políticamente. A esto se añade un espíritu (y orgullo) de pertenencia con un marcado agradecimiento a sus mayores y una sintonía especial con las generaciones que les precedieron, con especial relevancia la de sus abuelos.

Este orgullo de pertenencia es muy evidente en una autora, Ana Iris Simón, en quien concentran muchos de sus ataques estos progresistas de salón-caviar. Su novela *Feria* (Editorial Círculo de Tiza) ya va por la 12ª edición. En ella nos adentra en el recorrido vital de su familia, escrito con un cariño y sencillez encomiable. Familia, casi clan de origen humilde, de feriantes. El relato recoge con evidente aprecio toda su admiración hacia las generaciones próximas en el pasado y proyecta sus vivencias y anhelos hacia un presente que ella representa y hacia un futuro, el del hijo del que la autora-protagonista está embarazada en ese momento. Obra tierna y a veces seca, desabrida incluso, nos sitúa muy bien ante la convivencia de las generaciones en el seno de la familia y de nuestros círculos sociales más próximos. Y nos muestra la admiración, no exenta de irónica crítica, y el cariño por nuestros antepasados y la asimilación de las enseñanzas y aspiraciones con proyección de futuro. Con naturalidad y sencillez, como debe de ser.

Pues bien, no parece que esta visión sea la aceptada e imperante en el momento actual en nuestra sociedad. Ni siquiera si se tiene conciencia de la importancia del relevo generacional y del respeto que se deben jóvenes y mayores mutuamente. No está claro si se está transitando por el buen camino, incluso entre familias y colectivos concienciados de que la sucesión de las generaciones, la transmisión de información y valores positivos e ilusionantes, es lo que nos proyecta al futuro y una de las misiones que tenemos todos en el devenir de nuestra existencia, lo que hará que perduren las esencias de nuestro mundo.

Dentro de nuestros círculos de convivencia hay que cuestionar si nuestros hijos y nietos están recibiendo toda la información que deberíamos transmitirles de nuestra cosmovisión y si realmente se están formando unas nuevas generaciones en el conocimiento profundo de nuestra visión del mundo. Esto, en muchos casos puede estar sucediendo en aras de una presunta libertad de pensamiento, de no «imponer» cosas, y de la desinformación que impera en un mundo hiperinformado. Y esto no es siempre culpa de las nuevas generaciones, en muchos casos ávidas de información y formación. A veces son los antepasados los que no transmiten bien los mensajes, y otras estos son equívocos y equivocados. En este sentido negativo, seguro que alguna vez hemos escuchado el consejo de una abuela previniendo a su nieta sobre el número de hijos que vaya a tener, induciéndola, en aras de una comodidad y modernidad mal entendida, a que estos sean pocos o ninguno, no vaya a entorpecer su carrera profesional y «el disfrute de la vida». Y al tiempo de estos consejos poco edificantes, los abuelos o padres que achuchan para que se dejen de «tonterías» hijos o nietos, que se limiten a trabajar y ganar mucho dinero, y que el interés por la «res publica» y por los asuntos de la justicia o de la patria solo hacen desviarse del buen objetivo y no traen buenas consecuencias. Un asunto como este, el relevo entre generaciones, no se debe examinar con la perspectiva del tan manido «cualquier tiempo pasado fue mejor», y de que antes sí que se hacían estas cosas bien.

La mejor vía de transmisión de valores es el ejemplo, y si este es diario y sostenido en el tiempo a pesar de los avatares varios, mejor.

El mundo que nos rodea no lo está poniendo fácil; se nos está queriendo negar nuestra historia, aquello que nos une e identifica, lo que constituye nuestra patria cultural, lengua, monumentos, literatura, gestas heroicas, batallas, conquistas y hasta nuestras gloriosas derrotas. Se está pretendiendo borrar del consciente y del inconsciente colectivo todo aquello que, analizado con la perspectiva y presupuestos del mundo actual, no entra dentro de la llamada corrección política. Toda reivindicación, enseñanza y conocimiento de estos presupuestos se excluyen y se huye de su enseñanza a las nuevas generaciones.

Hay que facilitar el tiempo dedicado a la convivencia familiar y favorecer el contacto entre generaciones. Quizás nunca como en el presente ha habido unas diferencias tan acusadas en las experiencias generacionales como las que hay entre los niños y adolescentes de ahora y las personas mayores que lo fueron en la época de la posguerra. ¿Debe, sin embargo, ser esto un obstáculo para el diálogo entre ellos? Esperemos que no. La humanidad se ha desarrollado gracias a la transmisión de conocimientos y aprendizajes de generación en generación, lo que contrasta con la tendencia del mundo de hoy hacia el aprendizaje individual, por ejemplo, utilizando las redes sociales como fuente de información. La pregunta es: ¿podemos prescindir de la sabiduría y la experiencia de nuestros mayores? La respuesta clara sigue siendo un no rotundo. Quizá la información más objetiva puede proporcionar aprendizajes relacionados con el saber y el saber hacer. Sin embargo hay una parte muy significativa del aprendizaje que tiene que ver con el aprender a ser. Y esta parte se aprende fundamentalmente del contacto humano en un contexto de afecto y de lazos familiares, de camaradería y de amistad. El ser de la persona se entreteje en las historias familiares o en las narraciones llenas de experiencias y significado. Esto es

lo que siempre hicieron los mayores: traer el pasado al presente, narrándolo, explicándolo, lo que favorece mecanismos humanos indispensables para la vida y para la felicidad personal: la atención, el saber escuchar, la actitud contemplativa, la imaginación, el valorar los pequeños detalles y la profundidad de las cosas sencillas. Ello requiere, sin embargo, calma, dedicación y tiempo. Sería un error por parte de los mayores pensar que su experiencia no puede servir a las nuevas generaciones de los videojuegos y de la imagen. Muy al contrario, el diálogo y la comunicación son más necesarios que nunca ante la abundancia de información. A pesar de las diferencias generacionales es imprescindible el diálogo intergeneracional.

Creo que es necesario, en este punto, poner en valor dos ejemplos que me parecen muy significativos para entender el buen camino de lo que debe ser el relevo generacional y la convivencia y la transmisión de valores que esto conlleva: el valor metafórico de las carreras de relevos en el atletismo y el del mundo del arte flamenco:

Las carreras de relevos son pruebas para equipos, habitualmente de cuatro componentes, en las que un corredor recorre una distancia determinada, luego pasa al siguiente el testigo, y así sucesivamente hasta que se completa la distancia de la carrera. El pase del testigo, es el momento más crítico de la carrera, se debe realizar dentro de una zona determinada de 18m de largo. En estas carreras el testigo pasa del corredor que lo entrega al que lo recibe cuando este último ya ha comenzado a correr y ya continúa la carrera. La responsabilidad no es sólo correr de forma apropiada los metros correspondientes, es pasar el testigo de tal manera que su relevo lo reciba adecuadamente. En carreras más largas, debido a la fatiga acumulada, el corredor que recibe el testigo muchas veces mira hacia atrás para recogerlo. Tanto el corredor que entrega el testigo como el que lo recibe, deben ir a la máxima velocidad, cada relevo el corredor debe entrar en la llamada zona de traspaso, que permite al receptor del testigo iniciar su carrera. Hay una responsabilidad compartida a la hora del relevo; entre el que termina su tramo de carrera y aquel que la inicia. El que termina siente la satisfacción de haber concluido con éxito su tramo, pero debe estar muy atento de cómo transmite el testigo a su relevo. Debe conocer quien lo releva, haber entrenado con el este trance y su preocupación debe ser que éste inicie con éxito su carrera, de lo contrario su esfuerzo resulta nulo. Tampoco debe, quien termina, intentar seguir más allá de la zona de relevo aunque tenga fuerzas, eso no sería beneficioso para la carrera, al contrario sólo traería problemas. No se debe aferrar al testigo sino que lo debe soltar en el momento apropiado. El que comienza y recoge el testigo debe sentir en sus hombros la carga de la responsabilidad por el deber cumplido de sus predecesores, otros han corrido gastándose para entegarle ahora el testigo a él. En otras palabras, le debe a otros el que él pueda estar ahí. Es su momento, pero debe estar agradecido por quienes llegaron hasta allí, sin ellos no hubiese tenido esa oportunidad que ahora tiene.

Respeto, disciplina, pasión... son algunos de los valores intergeneracionales de los que presume, y se encarga de transmitir, el arte flamenco. Contaba Paco de Lucía que él componía y creaba con una mano aferrada a la tradición y con la otra arañando cosas nuevas para proyectarse en el futuro de su arte. Y esta delicada conexión entre pasado y futuro es precisamente una de las características más

definitorias de «nuestro arte» declarado Patrimonio Cultural Inmaterial por la UNESCO.

El flamenco es una herramienta de diálogo entre generaciones, un motor que las une y que provoca el tan deseado intercambio de conocimiento y valores no sólo musicales.

«Esta música no es solo música», dicen los entendidos flamencólogos, al tiempo que argumentan cómo el flamenco está ligado a la vida y forma parte de la convivencia del núcleo familiar, en el que son primordiales «la escucha “al mayor” y la conciencia de que formamos parte de una comunidad». Las reuniones familiares son divertidas y, además, son de aprendizaje continuo. Poco a poco se le va dando «voz» al joven, que siente como un premio el que su familia entienda que ha llegado la hora de poder aportar algo con su cante, con su baile o con su instrumento, a esta comunión artística. En resumen, mostrar a sus mayores lo aprendido escuchándolos. Todo en el flamenco ha sido aprendido por transmisión oral, desde los cantos al toque o al baile. Transmisión de padres a hijos, o de abuelos a nietos, de viejos a jóvenes, en definitiva. Cuando un viejo se arranca a cantar, todos escuchan, nadie interrumpe. En el flamenco se venera a los viejos porque son los maestros y de los que se aprende, al contrario de lo que parece suceder hoy en el resto de la sociedad. El rito en una época en la que desaparecen los ritos y las tradiciones, en un mundo globalizado, estandarizado y de consumo rápido, hace sentir al flamencólogo parte de un todo más profundo, de algo que permanece frente a ese caos de la rapidez y la caducidad. El rito que es tradición y también identidad, como señala David López autor del libro *Un tablao en otro mundo*, quien remarca la manera en que la tradición sirve de nexo, al ser heredada de generación en generación, y fomenta tanto el diálogo como el respeto de los más jóvenes hacia los más viejos. Valores que se transmiten entre generaciones: respeto, disciplina, constancia, trabajo, pasión... rigen el flamenco y podrían servir de ejemplo a otras disciplinas no solo artísticas. Cualidades deseables a cualquier edad, pero mucho más en la gente joven que nunca ha dejado de interesarse por el flamenco, aunque sea a su modo. El flamenco sigue teniendo un gran poder de atracción en los jóvenes. Las academias de baile están llenas y a los festivales sigue llegando una gran cantidad de artistas noveles que quieren concursar y hacer una carrera.

Estos dos ejemplos, estas dos metáforas pueden muy bien resumir la técnica y el ámbito de un buen relevo y convivencia generacional.

Toda organización política, todo colectivo social de cualquier naturaleza debe entender que sin relevo no hay continuidad de ideas y programas. Deben tomar conciencia y saber que las nuevas circunstancias y los nuevos problemas, necesitan nuevos hombres y mujeres, nuevos cuadros, ideas frescas, soluciones diferentes; caras nuevas. Es habitual escuchar en los discursos a los políticos y a los líderes sociales decir: «en la juventud descansa el futuro de nuestra nación». Esta verdad no puede quedarse en una frase hecha no puede esconder una resistencia, a veces feroz, por parte de aquellos que ven amenazados sus intereses, sino su orgullo. Sin embargo toda generación mira con cierto recelo a la que le sigue y dude de su capacidad para afrontar los retos que le depara la sociedad.

De cualquier forma en muchos ámbitos en el mundo actual se evidencia una falta de liderazgo que haga que las nuevas generaciones intenten imitar con interés a sus mayores. Falta carisma, estamos ante un tono gris desde la política, pasando por la iglesia, hasta grandes líderes mediáticos que transmitan realmente valores en el mundo del cine, la música, la literatura. Salvo contadas excepciones, se me ocurre en el mundo del deporte Rafael Nadal, por ejemplo. Escasean los héroes, las grandes personalidades que arrastren masas y puedan cambiar realmente cosas, como San Juan Pablo II. Este fenómeno no es exclusivo de nuestra patria, no debe ser un ejercicio de autoflagelación: todo el mundo occidental y de similares referencias socioeconómicas y culturales, vive el mismo fenómeno, condicionado por la globalización. Estamos en manos de *influenzers*, *youtubers*, *salvames* y toda una tribu de personajes nativos digitales que, como mínimo, ignoran otras formas de comunicación con las generaciones anteriores, sino que desprecian el legado de estas por el hecho de no compartir sus formas de comunicación. Y al tiempo las generaciones «analógicas» se automarginan de estas formas de relación por pereza en ocasiones, y las dificultades para adaptarse a estos contextos nuevos.

Y sin embargo, con todos sus enormes fallos, que se podrían detallar, las generaciones nacidas en los años 50 y parte de los 60, los del llamado *babyboom*, hemos vivido, estamos viviendo, en una vida privilegiada, fruto del trabajo de generaciones anteriores y del propio esfuerzo de la nuestra. No estoy muy seguro de que estemos sabiendo transmitir esto a los que nos siguen. Hemos tenido el privilegio de, por primera vez en la historia de España, no haber vivido una guerra y menos una guerra civil, el mayor fracaso al que puede estar sometida una sociedad. Hemos conocido cotas de prosperidad inimaginables en otras épocas, hemos pasado del arado romano a la tecnificación del campo y de la «conferencia» al *zoom*, *skype* o el *teams*, de una esperanza de vida de escasos 60 años a los actuales 89 por poner solo unos ejemplos. El desarrollo experimentado desde los años 60 por nuestro mundo y en concreto por nuestra patria está haciendo irreconocibles muchos referentes culturales y materiales. El desconocimiento de que el progreso actual, las mejores condiciones de vida de todas las clases sociales, aun persistiendo lamentablemente bolsas de injusticia evidentes que no hay que soslayar, puede hacer que las generaciones de jóvenes no sepan apreciar lo conseguido, lo critiquen desde el desconocimiento y, lo que es peor, quieran destruirlo y desmontarlo.

Hoy más que nunca es necesario el diálogo entre las generaciones, tomando como punto de partida el privilegio que significa la situación demográfica actual. La coexistencia de varias generaciones en un mismo tiempo histórico es un fenómeno relativamente reciente en la Humanidad, que puede ser aprovechado para mejorar la calidad de la vida y la convivencia. El envejecimiento de la población como fenómeno que influye en varios factores viene ocurriendo en todas partes del mundo a ritmos diversos. El desarrollo de la ciencia y la tecnología ha tenido un efecto innegable en la prolongación de la vida humana y el crecimiento del grupo de mayores de 65 años en comparación con el grupo más joven nos plantea uno de los desafíos más contundentes del siglo XXI. Este fenómeno ofrece una oportunidad de intercambio inusual. En el encuentro real y enriquecedor entre las generaciones, el

flujo de las relaciones debe ser en todas direcciones, de jóvenes a viejos y de viejos a jóvenes, sin limitación de beneficios en ambos grupos.

Ningún ser humano puede desarrollarse solo dentro de una generación, sino que requiere un flujo de influencias que vienen de varios sentidos. El diálogo con personas de distinta procedencia y tiempo histórico y vital, con la carga de vivencias que cada uno atesora, tiene que ir forjando las distintas biografías y son imprescindibles en la transmisión de conocimientos y valores que irán forjando las distintas personalidades fruto de estas vivencias.

Los adultos mayores han sumado años vividos y caminos recorridos, son un valioso capital para los más jóvenes que, en interacción, pueden apropiarse de conocimientos y recrearlos en función de las necesidades personales y las propias de su época.

Nuestro tiempo histórico hay que contemplarlo como un privilegio para la humanidad, donde la coexistencia de varias generaciones, puede representar una ventaja especial.

El curso de la vida, actualmente, nos permite poner la vejez en perspectiva y observar al mismo tiempo que la mayor presencia de los mayores influye positivamente entre los más jóvenes. De manera que el beneficio es múltiple, pues se entiende la vida en su integridad y no segmentada en etapas. El dialogar, expresar ideas y afectos y reflexionar puede contribuir a deshacer muchos tópicos que separan a las generaciones. Se trata de construir activamente la historia, con la participación de todos, de permitir que surja lo nuevo desde los vínculos vivos y perfeccionadores en las relaciones humanas.

Los instrumentos para construir una paz duradera son el diálogo entre generaciones, la educación y el trabajo. Se habla mucho de las diferentes generaciones y de las dificultades de comunicación entre ellas. Todo diálogo que sea sincero, requiere siempre una confianza básica entre los interlocutores. Se debe potenciar esta confianza mutua. La actual crisis sanitaria ha aumentado en todos la sensación de soledad y el repliegue sobre uno mismo. La soledad de los mayores va acompañada en los jóvenes de un sentimiento de impotencia y de la falta de una idea común de futuro. Esta crisis es ciertamente dolorosa. Pero también puede hacer emerger lo mejor de las personas. De hecho, durante la pandemia hemos visto generosos ejemplos de compasión, colaboración y solidaridad en todo el mundo.

La solución para los retos que se presentan en el mundo actual y venidero no es el conflicto, sino la alianza. Cada generación tiene mucho que aportar.

El Papa recientemente ha sido preclaro en marcar por donde debe ir el entendimiento generacional en la conquista de la Paz: «Los grandes retos sociales y los procesos de construcción de la paz no pueden prescindir del diálogo entre los depositarios de la memoria –los mayores– y los continuadores de la historia –los jóvenes–; tampoco pueden prescindir de la voluntad de cada uno de nosotros de dar cabida al otro, de no pretender ocupar todo el escenario persiguiendo los propios intereses inmediatos como si no hubiera pasado ni futuro. La crisis global que vivimos nos muestra que el encuentro y el diálogo entre generaciones es la fuerza

propulsora de una política sana, que no se contenta con administrar la situación existente “con parches o soluciones rápidas”, sino que se ofrece como forma eminente de amor al otro, en la búsqueda de proyectos compartidos y sostenibles». Naturalmente todo esto debe ponerse en práctica primero en el seno de la familia, buscando la comunicación de padres, hijos, abuelos, nietos. Y seguidamente en todos los ámbitos sociales en que nos desarrollamos, como el trabajo y la escuela, donde tendría que dar sus frutos este diálogo intergeneracional que propicie un relevo desde convicciones profundas y con proyección de futuro.